



El Proyecto Providence

Homenaje a Howard P. Lovecraft

Nicolas A. Fleming

Denise A. Morzilli

El Proyecto Providence

Homenaje a Howard P. Lovecraft

**Por Nicolas A. Fleming
y Denise A. Morzilli**

Todos los derechos reservados

© Abril 2008

*Dedicado a todos nuestros amigos y familiares.
Y, por supuesto, al Profesor H.P. Lovecraft,
Gracias a quien conocimos el horror.*

Buenos Aires, Abril de 2008

Indice

Cuentos de Nicolas A. Fleming

El Informe 4930.....	pag.4
La Biblioteca.....	pag.12
Macumba.....	pag.14
Un Diario.....	pag.16
Maleficarum.....	pag.23

Cuentos de Denise A. Morzilli

Abominable.....	pag.25
El Rey Más Allá del Abismo.....	pag.29
El Temor Más Grande.....	pag.32
Terror.....	pag.36
Sólo el Viento.....	pag.44

El Informe 4930

(Lo que aguarda en las montañas)

En mis años como integrante del Departamento de Investigaciones del Ministerio de Seguridad de la Provincia nunca había recibido una asignación tan extraña y que, a la vez, marcara tanto mi propia vida y la de Ántimo Juárez, mi compañero, de quien espero un pronto restablecimiento de sus facultades mentales a pesar del pesimismo de los doctores que intentan por todos los medios curar su mal. Deseo que tanto él como su familia hallen la paz que yo sé que nunca podré encontrar por mí mismo luego de los hechos de los que fuimos últimos testigos y únicos sobrevivientes.

No fue hace mucho, en Octubre del pasado año, cuando llegó a mi oficina aquella carta de funesto destino con remitente del Museo de Ciencias Naturales, dentro del cual se encontraba una carta que solicitaba la ayuda de los más experimentados miembros del ministerio para esclarecer los curiosos hechos que habían sucedido durante una expedición científica organizada por el museo para investigar lo que parecía ser una especie de complejo religioso indígena, o quizás un cementerio de arquitectura monumental, emplazado entre las montañas andinas del noroeste de nuestro país, perteneciendo probablemente a los antiguos Incas que habitaron la región. De la expedición compuesta por alrededor de quince personas, sólo tres regresaron víctimas de un inexplicable estado de insanía, evidenciando una degeneración mental de tal magnitud que había borrado todos los aspectos civilizados del hombre moderno. Entre estos sobrevivientes se encontraba el antropólogo francés Jacques-Henry Lemarchan, miembro importante de la comunidad científica y apasionado investigador de los habitantes originales de nuestras tierras, quien al ser hallado aún arrastraba enredada de su brazo derecho una mochila casi deshecha, dentro de la cual fue encontrada una caja de madera que contenía las notas del científico francés junto a una carpeta, identificada más tarde como un informe extraviado de los archivos del Museo. En dicha carpeta, explicaba la carta, se describía, aunque en forma preliminar y sin corroboraciones ni demasiadas pruebas, la investigación de un mórbido y olvidado culto indígena a partir de un documento escrito por un monje jesuita que acompañaba una

expedición conquistadora del siglo XVII. Dicho documento relataba el hallazgo de una cultura totalmente diferente a los Incas, que practicaban un extrañísimo y blasfemo ritual religioso a dioses hasta el momento totalmente desconocidos. Durante dichos rituales, los sacerdotes indígenas colocaban los restos aún tibios de animales despedazados, o quizás fueran restos humanos, sobre una bandeja de piedra emplazada entre las manos de una anómala estatua de grotesca apariencia, mientras un círculo de fervorizados asistentes entonaban blasfemos cánticos a dicha estatua, la cual según las descripciones y dibujos del horrorizado jesuita poseía rasgos antropomórficos, pero sin llegar a ser un ser humano, ya que poseía características por demás bestiales como cuernos de chivo, patas de jabalí, dientes de felino y piel y cola de lagarto. Mucho más no se explica sobre el culto, más allá de algunos intentos de transcripción de los impíos cánticos, ya que según relata el documento el cielo súbitamente se oscureció y un sonido que parecía ser una mezcla del mugido desesperado de un novillo al ser faenado y el de un inundo gorgoteo como si las miasmas del mismo infierno hirvieran en un caldero, brotó súbitamente de un pozo que se encontraba a los pies de la anómala estatua, junto con un hedor indescriptible. Los integrantes de la expedición que no huyeron o se desvanecieron víctimas del horror sin nombre del que eran testigos se lanzaron contra el satánico ritual asesinando a todos los integrantes del culto, aunque en el frenesí de la batalla uno de los caballos cayó dentro del pozo arrastrando a su jinete, el hidalgo Don Armando Galván de la Cruz. El pobre monje, en evidente estado de histeria luego de contemplar el horror, el salvajismo y la muerte, observa al finalizar su documento lo mucho que le extraña que el caballo haya caído en aquel foso inundo ya que tanto el animal como su jinete habían sido por excelencia entrenados para la guerra, y las situaciones como la presente en ese momento no deberían haberlos hecho perder el control, sospechando de que algo había arrastrado al caballo al foso ya que había aparecido un rastro de una oscura sustancia resinosa en los bordes del mismo. Aquí finalizaba el documento, según pude apreciar yo mismo unos días mas tarde al presentarme en las oficinas del Museo e investigar el contenido de la carpeta robada, archivada con el número 4930.

El informe incluía algunas suposiciones por parte del grupo de investigadores que había revisado e interpretado minuciosamente al antiguo documento sin descubrir mucho más que la probable histeria que había provocado algún tipo de alucinación en el pobre monje

jesuita, o quizás alguna enfermedad o fiebre delirante, más allá de la probabilidad de la existencia del antiguo culto del que actualmente se le desconocen practicantes. Lemarchan integraba el grupo de investigadores que había estudiado el documento del jesuita y, según explicaba la carta, se había opuesto fervientemente a aquellos que desestimaban la veracidad del documento tratándolo como la impresión distorsionada de un cronista demente o alterado. Algunos colegas suyos que no habían integrado la expedición, al ser entrevistados, coincidieron en la impresión de que el científico francés comenzó a obsesionarse por las religiones de los antiguos indígenas sudamericanos, reuniendo material de toda índole, aunque un tiempo después pareció perder súbitamente el interés al respecto. Casi dos años después de la redacción de este informe, Lemarchan propuso la expedición que lo llevaría a su perdición y al a de sus compañeros, aludiendo que analizando antiguos documentos sospechaba de la presencia de una antigua ciudad Inca emplazada en medio de las montañas, lugar que había precisado luego de confeccionar mapas a partir de dichos documentos. El Museo autorizó la expedición y la financió, equipándola totalmente y asignando un equipo de quince personas dirigidas por el mismo Lemarchan. Poco después de la partida de la expedición, uno de los detractores del francés, el doctor Oviedo, recordó el disputado informe y se propuso hacer algún análisis del mismo, pero al buscarlo en los archivos del Museo no lo halló en donde debía encontrarse, por lo cual fue reportado como extraviado por los encargados del Archivo. Mientras tanto, la expedición marchaba en ferrocarril al noroeste del país, de donde continuarían en camiones y luego a lomo de burro internándose en aquellas funestas montañas. A partir de aquí la historia que hemos podido reconstruir se basa en las anotaciones privadas del doctor Lemarchan, traducidas gracias a la gentil ayuda del doctor Viamonte, director del Museo de Ciencias Naturales, quien ha prestado sus excelentes conocimientos del idioma francés para traducir dichas anotaciones con el fin de arrojar luz sobre los posibles hechos ocurridos en la expedición, dado que tanto el doctor como los otros dos sobrevivientes han perdido la capacidad del habla coherente, y al día de la fecha no la han recuperado, salvo en extraños episodios oníricos en los que murmuran delirios grotescos que no me atrevo a repetir luego de los hechos de los cuales mi compañero y yo fuimos testigos, pero que tienen numerosas coincidencias entre ellos como el hecho de mencionar a algún ente identificado como el “No-Dios”, o “Lo que Aguarda en las Montañas”. Agradezco a Dios que el escéptico doctor Viamonte desestimó

los relatos escritos por Lemarchan al considerarlos el producto de una persona obsesionada por una idea fija y que distorsionó el verdadero propósito de la expedición para provecho personal, ya que de otra manera se hubiera organizado una nueva y muy probablemente mayor expedición trayendo más desgracia a nuestra sociedad y a nuestra especie, más allá de la que mi compañero y yo integramos con el fin de investigar lo ocurrido en aquel maldito y ovidado rincón de las montañas.

Según lo que relataban las anotaciones personales del científico francés; aquella ciudad-templo, complejo religioso o lo que fuese de lo que hablaba el testimonio del monje jesuita español aún existía, y con ella seguramente aquellas fuentes históricas que, luego de ser estudiadas y traducidas, permitirían el estudio del siniestro culto. Lemarchan había descubierto, escondido en una de las delgadas tapas de madera de aquel tosco cuaderno de confección pre-colonial, un trozo de papel en pobres condiciones que contenía el garrapateado dibujo de un mapa, describiendo la ubicación aproximada de aquellos templos blasfemos. Gracias al casual hallazgo, Lemarchan ideó la desafortunada expedición con el fin de desentrañar los secretos de aquel culto abominable, cuyo descubrimiento y análisis científico causaría seguramente un gran revuelo en la comunidad de intelectuales y estudiosos de las religiones americanas precolombinas. Es extraño y a la vez fascinante ver cómo los más pequeños y fortuitos descubrimientos pueden torcer de manera tan asombrosa como terrible la vida e integridad mental de tantas personas, marcándolas a fuego con cosas que nunca, ni en las más terribles pesadillas, hubieran podido esperar en su destino. Quien sabe si tantas desgracias y horrores podrían haberse evitado si ese mapa maldito nunca hubiese sido hallado.

Según la nómina presentada por el Museo, integraron la expedición, además del Dr. Lemarchan y su ayudante y colega el Lic. Juan Martín Vázquez, el médico Blas Viña junto a un practicante, el joven Marcos García; el geólogo Basilio Del Carril; un historiador especializado en idiomas indígenas, el Dr. Sánchez Paz; y nueve integrantes de la Gendarmería Nacional que ayudarían y brindarían seguridad y apoyo a la expedición. De éstos, solo Lemarchan y dos gendarmes regresaron de entre las montañas. Las notas del enloquecido francés comentan sobre el arribo de la expedición a la nefasta ciudadela poco antes del anochecer, por lo cual se procedió a levantar el campamento en una explanada a unos cien metros de los edificios más cercanos. Las otrora monumentales construcciones se

encontraban ahora en ruinas, incluyendo la grotesca estatua, y muchas zonas del complejo se encontraban enterradas bajo montañas de sedimentos, pero a los pies de la derrumbada estatua se encontraba aquel pozo tapado parcialmente por unos tabloncillos podridos, y del cual emanaba un indescriptible hedor. Entre los escombros fueron halladas secciones de murales que contenían, escritos en arcanos jeroglíficos, lo que parecería ser ciertos pasajes de los cánticos descritos en el documento del jesuita. El Dr. Sánchez Paz no pudo comparar el idioma en el que se encontraban descritos con ninguno de los idiomas hablados por las antiguas comunidades indígenas, lo cual no permitió descifrar lo que aquellos frenéticos cánticos rezaban. Con respecto al pozo, el mismo fue abierto, pero los hombres que allí trabajaban debieron abandonar las inmediaciones de ese lugar, ya que una peste sin nombre surgió de ese hoyo infernal que nunca debiera haberse abierto o descubierto, asfixiando parcialmente a aquellos hombres. Incluso, según unas notas realizadas a partir de una conversación de Lemarchan con el Dr. Viña, los hombres al ser atendidos juraron haber oído un extraño gorgoteo en el fondo del pozo, por lo cual se decidió a investigar el mismo para tratar de localizar algún tipo de conexión subterránea. Rezo por el alma del gendarme que fue asegurado a una cuerda y bajado con una mascarilla de oxígeno por ese pozo según había sido planeado por los directores de la expedición, y por que haya tenido una muerte rápida e indolora, pues esto debe haber sido la última actividad que debió de haber realizado la expedición y la que devino en la catástrofe de la misma, ya que en estas notas es donde acaban los comentarios de la expedición realizados por el científico francés, quien hoy día se debate entre la muerte y la eterna locura.

A partir de las anotaciones y mapas confeccionados por el Dr. Lemarchan organizamos una expedición para rescatar los cuerpos del resto de la expedición, y averiguar lo que realmente había ocurrido en esas montañas malditas, pues no fue hasta que estuvimos en la región y que pudimos observar con nuestros propios ojos lo que allí se encontraba que pudimos conocer la dimensión del horror que debieron haber vivido los integrantes de aquella expedición de funesto destino. Organizamos a una veintena de hombres de gran valía y buen corazón como equipo de rescate, entre los cuales se encontraba un equipo de demolición totalmente equipado el cual tenía como misión abrir paso hacia posibles sobrevivientes que hubieran quedado atrapados bajo un probable colapso de las antiquísimas y monumentales ruinas. Nos tomó cerca de diez días de tortuoso viaje a través

de desérticos y pedregosos parajes, cabalgando en mulas y caballos, el encontrar y acercarnos al fatídico lugar donde tantos compañeros encontraron su destino. Nos vimos obligados a realizar los últimos kilómetros del camino a pie, pues los animales al percibir el hedor de la muerte y la corrupción que emanaba de aquellos impíos lugares se encabitaron y se negaron a seguir adelante, aún cuando se habían mostrado dóciles y mansos en todo el trayecto recorrido, incluso en aquellos puntos peligrosos del camino. Nos sorprendió, incluso, la ausencia de pájaros de rapiña en las inmediaciones, o al menos debo decir de pájaros vivos, pues hallamos algunos en las zonas adyacentes a los templos pero se encontraban muertos, como si hubieran dejado de vivir en pleno vuelo. Al acercarnos al campamento que la anterior expedición había levantado, nos sorprendió encontrarlo intacto a pesar de algunas tiendas que parecían haber sido barridas por un fuerte viento, hecho que atribuimos a algún peculiar fenómeno meteorológico. El innumerable hedor, tan mencionado por anteriores cronistas que estuvieron en el lugar, se abrió paso a través de la peste a muerte y putrefacción que percibíamos a medida que nos internábamos en el blasfemo complejo religioso. De repente, en lo que parecía ser un gran anfiteatro natural, hallamos el pozo y la derrumbada y grotesca estatua, y alrededor de éstos los cuerpos de los restantes integrantes de la desgraciada expedición. Debo admitir que, aunque he sido testigo de los más cruentos y horrorosos crímenes producto de las peores degeneraciones de la mente humana, nada pudo prepararme para lo que mis hombres y yo encontramos en ese momento. Los cuerpos en descomposición se encontraban horriblemente mutilados y cercenados, cubiertos por una inmundicia de alguna especie de sustancia aceitosa, y aquellos que conservaban sus cabezas poseían una horrenda mueca que hizo que el más primigenio de los miedos se apoderara de nosotros, aunque no fue esto lo que más horrorizó a mis hombres y a mí, sino la impresión que daban los cuerpos, por sus posiciones, de que se encontraban huyendo de alguien o de algo proveniente de aquel foso inmundicia, además del hecho de que ningún pájaro ni ave de rapiña se acercara a picotear los cadáveres. Cerca ya de perder el temple ordené a los integrantes del equipo de demolición dinamitar la boca de aquel pozo que por innumerables edades fue el hogar del más alucinante de los horrores, mientras se daba cristiana sepultura a los cuerpos de la pasada expedición. Mientras finalizábamos con la sepultura de aquellos cadáveres terriblemente mutilados, oímos un grito de auxilio en dirección al pozo, pues uno de los gendarmes que trabajaba allí había

caído al mismo por accidente, quebrándose una pierna y solicitando auxilio. Mi compañero y yo, junto a otros dos gendarmes que nos prestaban su ayuda en las sepulturas, observamos cómo dos de sus compañeros eran asegurados a sendos arneses para ser bajados por aquella trampa mortal. Fue la última vez que vimos a todos aquellos buenos hombres que, sin saberlo, dieron su vida para rescatar a un compañero herido internándose en algo peor que el mismo infierno.

De repente la tierra comenzó a temblar y comenzamos a oír aquel bestial e inmundado gorgoteo o mugido, tal cual era descrito en los documentos del jesuita español. Entre los gritos de horror de los gendarmes, el pozo comenzó a desbordar de una sustancia que en principio creí que era petróleo, pero que relacioné inmediatamente con aquella que cubría parcial o totalmente a los cuerpos sin vida que habíamos hallado. No sé si fue la fascinación que sentía en ese momento por los hechos de los cuales era testigo o si el terror que sentía me provocó sendas alucinaciones, pero observé como una masa sin forma chorreante de aquellos negros líquidos se asomó por el borde del hoyo, bramando aquel sonido infernal que nunca dejaré de oír por las noches. Dos tercios de las víctimas que allí se encontraban cayeron fulminadas inmediatamente por el miedo o por algo más, me da escalofríos pensar en la fuerza más allá de cualquier tipo de análisis racional que pudo haber causado tantas muertes en un pestaño, y aquellos que intentaron huir fueron alcanzados por las garras de aquella criatura sin nombre ni pertenencia a nuestro mundo lógico. No sé que fue lo que hizo que yo no cayera de rodillas vencido por ese demencial terror como ocurrió con mi compañero y los dos gendarmes que nos ayudaban, pero casi sin pensar corrí hacia la caja que contenía el detonador de las cargas de dinamita que se encontraban alrededor del pozo y sobre las ruinas adyacentes al mismo, activándolo, lo que provocó un inmediato derrumbe cuyo estruendo fue acompañado por los gritos enfurecidos de aquella abominación que pugnaba por salir del igualmente abominable hoyo, los cuales fueron cesando paulatinamente ahogados por el estruendo de la avalancha de escombros que fue cubriendo aquel pozo. No sé si fue el clímax de horror que sufrí en ese momento, o la onda expansiva de la explosión y el derrumbe, pero perdí el conocimiento cuando los gritos de aquella bestia innatural comenzaban a cesar. Al recobrar el sentido, me volví hacia mis compañeros, hallando que los dos gendarmes se habían suicidado de un disparo en la sien utilizando sus armas reglamentarias, y que el oficial Ántimo Juárez, amigo mío y

compañero de tantos años, deambulaba sin dirección murmurando frases incomprensibles luego de haber enloquecido ante tal horror. A duras penas, y caminando por el borde de la histeria, alcanzamos a arribar al pueblo más próximo y conseguir regresar a la civilización humana, donde ambos recibimos los primeros auxilios a pesar de que mi compañero permaneció internado en una institución psiquiátrica.

Debo confesar algo. Poco después de regresar de aquella demencial experiencia robé de los archivos del Ministerio aquel informe maldito junto a las copias de las que he tenido noticia, y las hice arder junto a las notas del enloquecido Dr. Lemarchan con la esperanza de que estas experiencias no se repitan. Hemos sido los últimos testigos de una abominación innombrable, de algo que no sería posible ni en los sueños del más demente y delirante de los artistas, y debemos tener miedo de aquello que aguarda debajo de las ruinas de milenarias construcciones en medio de las montañas, pues si ha podido aguardar más de cuatrocientos años a ser despertada nuevamente, no dudo de que pueda esperar otros tantos para volver a poner su pie en nuestro mundo.

Transcripción del relato realizado bajo juramento por el oficial J. Solíz en las oficinas del Ministerio de Seguridad., el 15 de Febrero de 1948.

La Biblioteca

Había viajado miles de kilómetros, atravesado mares y cielos para poder llegar a esa biblioteca en donde los más oscuros y terribles secretos se hallaban almacenados, protegidos con candado inquisidor. La misma era lo suficientemente pequeña para pasar desapercibida a la humanidad, pero lo suficientemente grande para contener en sus polvorientas estanterías a todos los libros que por una u otra razón no deberían haber sido nunca escritos ni leídos, y lo suficientemente profana para atraer a un minúsculo círculo de particulares lectores. Eran libros que no estaban hechos para ojos humanos ni para beneficio de ninguno de los seres de Dios, libros de autores que la historia de la humanidad ya ha olvidado o calificados como dementes o blasfemos. Muchos de estos libros siquiera han sido abiertos en siglos por el horror sin nombre que contienen en sus amarillentas y garrapeadas páginas, y el increíble pero seguro peligro que entraña su lectura para la salud mental del desprevenido investigador, pero son guardados y cuidados como si fuesen los objetos más preciosos de la tierra, sus guardianes saben que las leyendas que se tejen alrededor de sus títulos prohibidos quita el sueño a los más eminentes prodigios de la ciencia de este mundo, y tarde o temprano llegan a estos salones sin edad para, al menos, confirmar su existencia sin ánimo siquiera a hojear alguno de los ejemplares.

El acceso a la biblioteca me fue concedido luego de profundas investigaciones, grandes esfuerzos y una continuada insistencia. A mi arribo a esos olvidados parajes del mundo se me condujo por pasillos tenebrosos y pobremente iluminados hasta llegar a una reja cuidada por un único y enorme candado, el cual sólo podía ser abierto por tres llaves. Una vez dentro del pequeño claustro de lectura, se me indicaron los estantes donde descansaban profanos incunables y las normas que regían a la biblioteca. “Sobre usted recae la responsabilidad de las cosas que pueden suceder si lo que lee y copia dentro de estos recintos son develados libremente al mundo. Además, hay demasiadas razones que hacen que esta biblioteca permanezca secreta, entre ellas la insidiosa búsqueda que realizan diversas instituciones religiosas, que ya suficiente daño han causado a estas publicaciones. Le repetimos: usted es totalmente responsable de la información que viene a buscar...”

Una vez que los guardianes (realmente no sé si es posible llamarlos “bibliotecarios”) me dejaron en única compañía de aquellos libros que emanaban maldad y misterio, comencé a caminar entre ellos, buscando aquello que me había atraído: la temible traducción latina de la obra “Misterios de Fuerzas Vitales Arcanas”, de la cual no se conocía autor ni fecha de publicación, pero sí se conocían rumores sobre su contenido. Ni la más terrorífica de las historias podía rivalizar con aquello que explicaba el libro. Entidades multidimensionales de una potencia sin límites, secretos cósmicos solamente develados a unos pocos que, creyéndose Elegidos o benditos por la sabiduría preternatural, pasaron a ser condenados a un tormento sin nombre ni lugar en el mundo de los hombres, todas estas cosas se hallaban comentadas, explicadas o descritas en aquel horroroso libro. Ni yo mismo sabía lo que hacía cuando me decidí a dar con ese libro, quizás fue el escepticismo que me ha gobernado en mi vida intelectual, o la sencilla vida que había llevado hasta mi arribo al profano claustro, la realidad fue que nunca debía haber dado con el *Misterios de Fuerzas Vitales Arcanas* ni con ninguno de los libros existentes en esa maldita biblioteca, nunca debí haber resistido el horror que se produjo en mi ser al encontrar que dicho libro era real, y más real aún su contenido, tomar notas del mismo para luego exponerlas ante mis colegas y compañeros investigadores, e incluso nunca debí haber seguido el impulso de robar algunas de sus páginas más oscuras para mi deleite y a la vez sufrimiento hogareño. Insisto a mis doctores que fue el destino el que me llevó a cometer esos... esos atentados en contra de la supervivencia de la humanidad, no hay otro calificativo que puedan tener mis actos. Es realmente lamentable el escepticismo y el olvido del cual es capaz el ser humano, al descreer que es el único gobernante de este mundo tan frágil y dominable. Nadie jamás comprenderá el indecible horror al que he condenado a nuestra raza, las infernales torturas por las que habremos de pasar hasta que el último de nosotros, en medio de enloquecedores tormentos, habrá de perecer. Es por esto que decido quitarme la vida, antes de que aquellas profanas y abominables Potencias de las cuales hablaba el libro lo hagan primero por diversión y placer.

Carta hallada sobre el escritorio del fallecido Dr. Machado, émérito investigador de la Universidad.

Macumba

Cada día que pasaba los podía sentir más próximos a mi casa. Cada noche, en brazos de Morfeo, oigo más fuerte el sonido de sus inhumanos aullidos y sus demenciales tambores que han impedido mi descanso todos esos meses; lo sé, no escaparé, por eso dejo este testimonio. Cada día las señales son más próximas y abundantes, la realidad es indudable. Recuerdo hace un año, paseando con mi novia por los alrededores del lago, encontrar un círculo de pasto seco y paquetes de hilo atado fuertemente. Luego fue el gallo negro sacrificado junto a las velas y la seda negra, cerca de la casa de mis padres. En ese momento no pude hacer caso omiso de la realidad: me estaban encontrando, sé demasiado de La Creencia, maldita fue la hora en la que se me ocurrió estudiar esas blasfemas creencias y develar al mundo secretos reservados para los más altos “sacerdotes”. Ahora oigo los tambores, aún cuando otra gente no oye nada estando en mi compañía. Mi familia piensa en declararme insano y encerrarme en el Nosocomio, lo sé, los he oído mientras pasaba horas en mi habitación estudiando libros incunables reveladores de innumbrables secretos. Doy gracias a que consideran mis investigaciones simples desvaríos de un pobre y afligido demente.

Ayer regresaba pasada la medianoche a mi hogar cuando, arribando a la esquina observé los restos de ese abominable Último Ritual. La iluminación de las calles había fallado debido a un corte de la electricidad, pero pude percibir el hedor profano de aquello que nunca hubiera querido encontrar. Me topé, a la luz de la luna y a pocos metros de mi morada, con unas cabezas de pescados barbadas grandes como puños y rociadas con vino, cuyas botellas se encontraban rotas y esparcidas en torno a los restos de pescado formando un círculo. El frío que acompaña al horror trepó por mi espalda casi instantáneamente, pues el pescado aún estaba húmedo, y el vino no se había evaporado todavía, indicando lo reciente del ritual. Retrocedí invadido por el horror y la locura mientras era perseguido por el repentino sonido de los incesantes tambores. Había leído sobre ese ritual, lo conocía. Me habían hallado, me estaban esperando. Corrí, no recuerdo si riendo, gritando o llorando, hacia mi hogar, donde me apresuré a quemar toda la evidencia que poseo sobre La

Creencia, nadie más debe saber de ella. Luego de incendiar mis libros blasfemos y mis cuadernos de notas el tamborileo enloquecedor pareció disminuir brevemente, pero sólo momentáneamente, pues continuó aumentando, confirmando que mi destino había sido sellado. Sólo espero que la muerte que estoy a punto de procurarme me permita huir del tormento sin nombre.

Un Diario

Mayo 7, 1889

Hoy es el feliz día en el cual mi joven esposa y yo hemos logrado el sueño de nuestras vidas: adquirir una estancia. La bautizamos “El Cerrito” debido a un simpático y pequeño cerro de no mas de veinte metros de altura que se ubica al sur del casco principal de la estancia, cerca del arroyo. En la pulpería del pueblo me enteré de que dicho cerro es en realidad alguna especie de tumba indígena, muy común hace varios siglos pero que fueron profanados por las sucesivas oleadas de conquistadores en búsqueda de adornos de oro y otros metales preciosos. Nadie sabe por qué los antiguos propietarios de la estancia, últimos miembros de una familia cuyos orígenes datan de inmigrantes españoles llegados en barco en el siglo XVI poco después de que Buenos Aires hubiera sido fundada, nunca decidió excavar el lugar. En verdad es un poco extraño, ya que siento gran curiosidad por lo que pueda estar enterrado en la que ahora es mi propiedad.

Mayo 29, 1889

El mes ha pasado prácticamente volando, las actividades y el trabajo no faltan a ningún integrante de la estancia, ni a los peones ni a mí o a mi esposa, sin dejarnos casi nada de tiempo para celebrar el 25 de Mayo. Ella ayer me ha dado una noticia más que feliz: pronto seremos padres. Criar a nuestro primer hijo en El Cerrito será algo que ni el más dulce de los sueños pudiera haberme dado. El cura párroco del pueblo se ha acercado a nuestra estancia para bendecirla, aunque su rostro parecía algo perturbado cuando se retiraba en su caballo. Espero que no haya postergado algún problema de salud para venir a cumplir con la visita que habíamos planeado.

Junio 11, 1889

Algo raro sucedió en el arroyo hace unos días, cerca de donde se ubica el cerro. El agua del arroyo empezó a despedir un hedor dulzón y nauseabundo, como si un animal hubiera muerto y caído al agua, contaminándola con su putrefacción. Los peones inspeccionaron el lugar pero no encontraron rastros de algún animal muerto o del posible origen de la pestilencia, aunque me informaron que la misma parecía intensificarse en torno al cerro. Extrañamente los olores desaparecieron ayer, sin que nadie pueda dar alguna explicación. Como precaución mandé a que no se utilice el agua del arroyo para dar de beber a los animales, y que se utilicen los aljibes para dicho fin.

Junio 26, 1889

Esta tarde hice un anuncio importante en el pueblo. El próximo 9 de Julio, día de la Independencia de nuestro país, ofreceré una gran fiesta en El Cerrito a la que todo el pueblo estará invitado, en la cual sacrificaremos a varios de nuestros mejores novillos para complacer a nuestros invitados con un espectacular asado. Además, festejaremos el embarazo de mi esposa, cuyo fruto verá la luz alrededor de Abril del próximo año según nos ha informado el Dr. Villalobos, el anciano y amable obstetra que supo cuidar de mi suegra durante la gestación de quien hoy es mi esposa.

Julio 10, 1889

La magnífica fiesta, cuidadosamente planeada hasta el último detalle, ha terminado en una desgraciada tragedia. Uno de los novillos, poco antes de ser sacrificado, se encabritó y enloqueció con fuerzas impropias de su especie, rompió sus ataduras y la verja del matadero y como si el mismo Demonio lo hubiera poseído se lanzó a la carrera. En su frenesí desbocado enfiló hacia las mesas arrollando todo a su paso, como un ejército embistiendo frenético a su enemigo. A pesar de los disparos y los esfuerzos de los peones y capataces, la bestia se llevó a la tumba a nueve personas, incluyendo a cuatro niños. Un peón, en un evidente ataque de nervios, juraba y perjuraba por todos los santos que el novillo había soltado una palabra humana en su última exhalación... “Fuera”

Julio 22, 1879

Manuel, el peón que supuestamente oyó al novillo desbocado hablar en lengua humana no deja de inquietarme. A pesar de que ninguna otra persona oyó sonido alguno emitido por la bestia, más allá de los bufidos y gorgoteos que lanzaba en sus estertores mortales, éste trata de convencer a los otros de que el animal habló, lo cual ha comenzado a perturbar a los restantes habitantes de la estancia, incluida mis esposa, quien en sus días de embarazo parece tornarse algo más sensible de lo normal. Incluso Manuel había decidido largarse de la estancia y trabajar en alguna otra parte, pero llorando vino a mis habitaciones a revocar su decisión. Nunca quiso revelarme la razón, aunque he recibido noticias de que durante la noche pasada se oyeron fuertes gritos y discusiones en su habitación.

Agosto 3, 1889

El dolor y la tragedia golpean nuevamente a El Cerrito. Manuel llevó primero a su mujer y a sus tres hijitas al cerro cuando atardecía, según me contó uno de los capataces, en donde las asesinó a golpes de hacha para luego volver a la casa de los peones y ahorcarse en su habitación. Dejó una inquietante nota sobre su cama, en donde explica sueños dementes que lo perturbaban, dando a entender que un mal innombrable lo perseguiría por el resto de su existencia. Dios se apiade de su alma. Mi mujer no deja de llorar, obviamente sensibilizada por los últimos hechos en nuestra querida estancia, y me preocupa su estado de salud, más allá de que el Dr. Villalobos me ha asegurado que las mujeres son mucho más sensibles durante los días de gestación, y solamente se limitó a recetarle algunos tranquilizantes para asegurar su descanso.

Agosto 11, 1889

He hecho un hallazgo interesante en mi habitación. Debajo de un tablón suelto hallé un diario escrito por un tal Adolfo Sevillano, cuyas últimas anotaciones datan de hace más de cien años, en las cuales se describen extraños rituales aborígenes dedicados a dioses ya largamente olvidados. Tal parece que alguno de los pasados dueños de esta casa dedicó su

tiempo al estudio de las costumbres de los indios que habitaban estas tierras. La caligrafía del documento es bastante horrorosa y difícil de leer, lo cual consume mucho de mi tiempo en la lectura.

Agosto 30, 1889

Últimamente dedico gran parte de mi tiempo al estudio del diario hallado en mi habitación, a pesar de las constantes quejas y llantos de mi mujer que me reprocha mi desatención para con las obligaciones de la estancia. Simplemente el contenido de este libro es más que fascinante, haciendo que dé órdenes de no ser interrumpido en mis estudios, incluso durante la noche. Mi mujer llora y me reclama junto a su lado en los días de su gestación, que se van haciendo evidentes en su fisonomía.

Septiembre 13, 1889

He decidido hacer una excavación en el cerro, a pesar de las protestas de mi esposa y de algunos de mis capataces. Una fuerza desconocida me impulsaba a tomar esta decisión. Excavamos en el cerro hasta toparnos con una tapa de piedra labrada con inscripciones extrañas, y al quitarla descubrimos un recinto en el cual una estatuilla de arcilla increíblemente antigua se encontraba en un pilar rodeado de huesos humanos. La misma muestra a una increíblemente atractiva mujer india sosteniendo dos palos. Decidí llevar dicha estatuilla a mi estudio para examinarla más detenidamente antes de comunicarme con el Museo.

Septiembre 21, 1889

He tenido sueños extraños desde que esta estatuilla entró en mi casa. Me sorprendió encontrar un dibujo de la misma en el libro que encontré en mi habitación. A continuación hacía una descripción del culto dedicado a esta supuesta diosa, conectada con la fertilidad de la tierra. La fascinación me embarga y me mantiene largas horas encerrado en mi

estudio, en el cual prácticamente como y duermo. Mi mujer no cesa de llorar y hasta ha comenzado a mostrarse agresiva en mi contra.

Octubre 2, 1889

Un grito surgido desde mi habitación me quitó de mi habitual sopor y concentración. Encontré una escena que nunca podré borrar de mi mente: mi mujer, quien se hallaba gritando en medio de un charco sanguinolento, había sufrido un aborto revelando a lo que iba a ser mi primogénito; una masa informe de piel, carne, pelos y huesos. El doctor Villalobos, tratando de calmar la histeria que tanto a mí como a mi esposa nos había embargado, nos informó que muy raramente estas monstruosidades suelen suceder y que están por demás documentadas en la historia de la Obstetricia, aunque le extraña de sobremana el hecho de que el embarazo parecía recorrer los caminos normales, pero ninguna explicación científica logrará aplacar mi dolor. Como consecuencia de estos últimos episodios el estado de salud de mi esposa se ha visto severamente deteriorado, junto a su salud mental. No cesa de llorar histéricamente, a veces delira y habla en forma incoherente, lo cual obligó a nuestro doctor a inyectarle fuertes calmantes para que logre descansar.

Octubre 10, 1889

La fiebre no cesa en el cuerpo de mi esposa, haciéndola delirar durante el día y llorar en las noches. No deja de nombrar a Manuel, y me culpa por lo sucedido, atribuyendo además las causas de nuestras desgracias a la hermosa estatuilla. Dice que ha soñado con ella, con la mujer que representa, la cual aparecía en su habitación y golpeaba su vientre con los palos haciendo que pariera monstruos deformes. Creo que la pérdida de nuestro hijo ha alterado severamente su salud mental y pronto me obligará a su internación...

Octubre 15, 1889

La agonía de mi amada esposa ha llegado a su fin con su fallecimiento en el día de hoy, luego de largas noches en las que el dolor y la locura reinaron sobre nuestra estancia. La pena que siento me impide escribir nada más.

Octubre 24, 1889

Sólo las largas horas de estudio me alejan del dolor por la desgraciada pérdida de mi hijo y mi esposa. Paso noches enteras sin dormir y largos días sin probar bocado o asearme mientras estudio el diario de Sevillano y contemplo la estatuilla. Hasta han dejado de importarme las murmuraciones y fabulaciones de los demás habitantes de la estancia... He comenzado a entender algunos de los extraños símbolos labrados en la tapa de piedra que quitamos del cerro, aunque no escribiré aún en estas páginas sobre lo que creo que significa.

Noviembre 2, 1889

La vi. Ayer, mientras dormitaba en mi sillón. Se me apareció alta y bella, sosteniendo dos varas llenas de grabados extraños, hablándome en una lengua que no entendía. La mujer de la estatuilla se me acercó y se introdujo en mi lecho, seductora, pero su forma cambió repentinamente a la de una especie de monstruo ni animal ni humano haciendo que despierte sobresaltado y bañado en sudor frío. Poco antes de sufrir esta horrorosa transformación me susurró algo al oído en la misma extraña lengua, no la entendí, pero me pareció que me llamaba...

Noviembre 13, 1889

He logrado descifrar el extraño lenguaje escrito en parte del diario. Ahora logro entender lo que la mujer de la estatuilla me dice en mis sueños. Dice “ven a mí, gobernemos”. La tapa del recinto enterrado en el cerro menciona algo así como “abre la cámara del trono, toma a tu reina, señor de lo prohibido”. Los posibles significados de estas palabras me mantienen

sumido en mis pensamientos. Algunos de los sirvientes me miran turbados, y me han dicho que me han escuchado lanzar gritos extraños e incomprensibles durante mi sueño.

Noviembre 22, 1889

Todo mi cuerpo palpita de excitación, pues seré rey y dios en esta tierra. Volveré con mi reina a mi lado, a la sala del trono de donde la he quitado hace algunos meses. Mientras escribo estas líneas la estancia está siendo consumida por las llamas, pues no necesito más hogar que aquel enterrado bajo el cerro pagano. No habrá más penas, no habrá más dolor. Seré infinito. *Hu'kna Hu'kna ahell anamm, wurull yebroí zsop Hu'kna!!!*

(El resto del diario se encuentra garabateado en un lenguaje incomprensible)

Maleficarum

Las ruedas de mi auto chillaron fuertemente en aquella calurosa noche de verano cuando me detuve frente a la casucha de los barrios bajos de la ciudad, y al ver la tenebrosa luz que se derramaba de sus ventanas parcialmente tapiadas comprendí que había llegado demasiado tarde, que ni azuzado por la desesperación y la certeza del peligro pude encontrar antes una respuesta satisfactoria al enigma que se me había presentado.

Mi nombre es Felipe Anselmo, y en mis quince años de carrera como detective del departamento de policía nunca tuve que pasar por tanta tensión mental. Recuerdo a la madre del difunto Joel venir desesperadamente a mi oficina hace poco menos de una semana. Entre sollozos me describió los cambios de comportamiento de su hijo mayor, de los días que pasaba encerrado en su habitación prohibiendo la entrada al resto de sus familiares, del gran número de libros antiguos en los que había comenzado a invertir el dinero de la familia y hasta de un peculiar cambio en su tono de voz, volviéndose hasta siniestro y suspicaz.

La mujer me acompañó hasta su casa, y me dio la llave de la habitación del muchacho. La advertencia que el mismo le había hecho antes de desaparecer era tan terrible que ni ella ni nadie se habían atrevido a entrar a esa habitación, aunque pudieron comprobar que el mismo no estaba dentro gracias a que la cortina de la ventana había quedado descubierta. Entré en esa polvorienta habitación, y me sorprendieron las torres de libros tan amarillentos como cubiertos de polvo que se apiñaban aquí y allá. Pero un bollo de papel, el único contenido del cesto de la basura, llamó mi atención. Allí estaban escritos caracteres totalmente extraños por lo que sólo atiné a guardar este papel en mi bolsillo, y a cargar con la mayor cantidad de libros posibles para investigarlos por mi cuenta.

Pasaron siete días desde aquella noche, y recién esta tarde logré identificar lo que decía aquel papel. Leía un libro particularmente grande y pesado y en el margen de una página se encontraba escrita una dirección. La misma página contenía información suficiente para lograr traducir el contenido del papel, y esto era lo que decía: "Ven a mí, en siete días ven a

mí, sólo para eso has nacido...". Subí desesperado a mi automóvil y me dirigí a aquella dirección, dejando el libro sobre mi escritorio.

Tragué saliva y pateé la puerta, encontrando a Joel agachado sobre el suelo, en medio de un charco de sangre. Su cuerpo aparecía marcado a fuego con los mismos extraños símbolos que hallé en el papel, y de sus ojos emanaba una inexplicable luz verde. De repente esos ojos se posaron en mí, y el maldito comenzó a reír terriblemente. Sólo atiné a cargar mi arma y dispararle a la cabeza, abatiéndolo instantáneamente. Pero sus risas... sus risas no cesaban... no hasta que incineré el cadáver en el fondo de esa casucha...

Se informó a la madre que el joven se había suicidado, obviamente enloquecido por la particular e insana lectura que coleccionaba. En alguna parte de mi estudio, un pesado libro titulado "MALEFICARUM" se desvanecía en el aire.

Abominable

Un ser grotesco que solo ansía sangre. Una abominación del diablo que vive encerrado entre cuatros paredes donde nunca llega el sol. Si un gato maúlla siete veces seguidas anuncia la muerte de alguien cercano. Si amanece nublado es porque malos espíritus rondan la casa sedientos de *muerte*.

Thul tenía millones de historias como esas, los niños el pueblo, y otros no tan niños, solían reunirse en la plaza cuando el sol se ponía lentamente en el horizonte luego de una extenuante jornada de trabajo en el campo. Thul era, quizás, el hombre más viejo del aquel pueblo y por ende era respetado y cuando alguien necesitaba algún consejo no dudaba en recurrir a él. De mirada lánguida y tez morena, su cabello había sido negro como alas de un cuervo en algún tiempo, ahora llevaba el benigno gris de la vejez.

Las historias que contaba al atardecer siempre trataban sobre temas fantásticos y terroríficos, muy pocas veces contaba historias sencillas y alegres. Nadie sabía con seguridad que era lo inventado y que era lo real en sus historias, suponían que algo era cierto y lo demás (lo más fantasioso) invento del anciano. Nunca nadie puso en duda que podía ser al revés, que el invento fuera lo mundano.

Thul pasaba todo el día en su casa muy aburrido y solitario desde que su esposa había muerto, el único momento feliz de su día era cuando salía a tomar aire a la plaza donde muchos chicos del pueblo lo esperaban para que los asombre con sus historias. No había tenido hijos y se alegraba al menos de contar con la atención de tan simpáticos vecinitos que le alegraban los días abriendo los ojos grandes de asombro con cada nueva historia que

él contaba. A pesar de su avanzada edad Thul era muy memorioso y jamás repetía la misma historia dos veces.

Una tarde relataba sobre el niño que había estado encerrado desde los cinco años en la torre de un castillo, tantos años estuvo allí encerrado que olvido como se llamaba y como se veía su rostro. Era custodiado por un buen hombre que le pasaba comida y libros, así toda su infancia la paso leyendo historias de palacios encantados, hadas, reyes y princesas, sin sospechar que él mismo era un príncipe y que había sido encerrado allí por el villano de su tío. Un día el anciano que lo cuidaba le abrió la puerta de su prisión y le dijo que ahora era libre, pues habían asesinado al rey y el reino ya no le interesaba a nadie, el castillo estaba en ruinas ya y su noble y fiel custodio mas cerca de la muerte que de otra cosa. Él no salía, miraba la puerta abierta por horas y horas, hasta que un día ocurrió lo inevitable, el anciano (que aun lo seguía cuidando como si fuera su hijo) murió. El joven príncipe tuvo que salir porque el hambre y la sed comenzaron a hacerlo sentir desesperado luego de unos días. Con miedo recorría los pasillos interminables y miraba las ventanas y el sol que hería sus ojos. Reconoció las descripciones de sus libros fantasiosos y esperaba encontrarse con un hada o un amable soberano de atuendos rojizos cuando choco contra una superficie lisa y dura. El espanto hizo que su corazón se detuviera por un momento al encontrarse frente a frente con lo que él se figuro que era un monstruo (aunque no comprendía bien el significado de esta palabra). Dos cuencas lo miraban sin expresión y en el medio de aquel rostro algo retorcido y siniestro de color bordo se abría mostrando unos horribles colmillitos.

El príncipe huyendo desesperadamente ante tal imagen resbalo por una escalera y murió, algunos dicen que un hada vestida de azul lo vino a buscar y lo llevo al reino eterno que le

correspondía. Nadie lo sabe con seguridad pero lo más seguro es que si hubiera visto a un hada o a un duende no le habría parecido extraño ni se habría asustado como al ver el reflejo de su propia imagen.

Concluida la historia los niños discutían si lo que había visto el niño era su reflejo en el espejo realmente, y otros (los mas fantasiosos) aseguraban que había sido un monstruo o (tanto peor) su tío muerto. Thul no decía nada y miraba a todos sonriendo.

Entonces, un día, contó una historia terrible que los lleno de espanto y nunca podrían olvidar. La historia trataba sobre un anciano que la noche anterior a aquella había recibido una señal de muerte y sangre. El anciano tenia un gato llamado Júpiter, cuando ya estaba apagando las luces de la casa para irse a dormir el gato comenzó a maullar de una forma escalofriante sin dejar de mirar la puerta de entrada. El viejo contó las veces, el gato había maullado siete veces y luego se quedo alerta sentado muy derecho sin apartar la mirada de aquella puerta. El anciano trajo una silla y se sentó a esperar junto a Júpiter, ya que respetaba y creía completamente en el sexto sentido del animal. El cansancio lo venció y se durmió antes que dieran la una de la madrugada, en ese mismo momento la puerta se abrió lentamente dejando filtrar un rayo de pálida luz...

Los chicos, y los adultos también, protestaban queriendo saber el final de su historia pero Thul prometió contárselas al día siguiente. Aquella noche y sin motivo alguno todos los que habían escuchado al historia del viejo recordaron a sus familiares muertos. Afuera soplaba el viento y parecía invitarlos a salir.

Al atardecer el anciano no se presento en la plaza, todos preocupados corrieron a su casa porque él nunca se ausentaba, y allí vieron un gato, bien podía ser el Júpiter del cuento de Thul. Maullaba frente a la entrada, todos contaron sus maullidos presas del pánico... Uno

de los hombres abrió la puerta, Thul ó alguien que se le parecía mucho yacía muerto sobre una silla.

El anciano, así como en sus historias, había dejado una parte a la duda de la gente del pueblo.

El Rey Más Allá del Abismo

“¿Nunca les sucedió percibir cuando una persona parece temerle a uno o demostrar alguna especie de aversión? Me ha pasado con personas que me resultaban desagradables tanto física como mentalmente y me producía un pavor indescriptible acercarme a ellas, casi asco... Pero nunca entendí porque las personas que me rodeaban parecían manifestar ese sentimiento hacia mí. No soy fea ni desagradable, de hecho desde mi mas temprana infancia fui bonita y de modales suaves. Pero aun así recuerdo el rostro de mis compañeras, como a veces parecían ignorarme adrede, como se alejaban de mí como si yo fuera portadora de alguna enfermedad contagiosa. Lo mas extraño del caso es que siempre me sucedió con las mujeres, ellas se apartaban irremediamente de mi lado con una mueca mezcla de repugnancia y pánico. En cambio los hombres siempre me trataban de un modo educado... Son ellas las que siempre me hicieron sentir despreciable, un bicho raro.

Aun hoy me extraña esta aversión que parecen tenerme y la cual nunca llegue a comprender. Pero estos últimos años estuve tratando de desarrollar mis capacidades y llegue a una conclusión admirable. Me di cuenta que si me esfuerzo lo suficiente puedo controlar sus pensamientos y manejarlas como si fueran marionetas. Lo descubrí un día en la universidad; había cierta chica a la que no le tenia nada de simpatía, y aquella vez ella hablaba y hablaba con las otras compañeras que delicadamente trataban de ignorarme, focalizando toda su atención en ella. Fue entonces cuando desee con toda mi fuerza que se callara y ella se atraganto y empezó a toser, la odie por toser, siempre deteste a la gente que tose, ese sonido me produce un terrible dolor de cabeza que se prolonga por horas y me ensordece, como los gritos... Deseo entonces, que se callara y que dijera algo desubicado

así el profesor la haría irse del aula. Casi al instante se interrumpió su horrible ataque de tos y comenzó a blasfemar, despertando así la ira del alumnado y del profesor.

Ayer pasó algo increíble, una de ellas, una de las que siempre me ignoran vino hasta mí con esa mueca de asco en su rostro, y ustedes no lo van a creer, extendió su brazo y se cortó las venas frente a mí... Fue horrible.

Esa misma noche cuando leía recostada cómodamente en mi habitación, sentí ruidos en la ventana y alguien que me llamaba: “Juliana, Juliana”. Un ejército de gatos maltrechos y muy lastimados me miraba desde la calle. Entre en pánico y una voz que parecía venir de lo profundo de la noche pareció invocarme...

Su rostro pálido oculto en las sombras, sus labios rojos, en vez de orejas portaba extrañas y rojas cosas cartilaginosas con forma de branquias. “Juliana Polsday, la Reina de los No-Humanos, la Reina de los Peces más allá del Abismo”, me llamaban, quinientos sacrificios en su honor...

Yo no era de su raza, por eso me temían, por eso... Y ni siquiera yo lo sabía: a los 26 años comienzan a crecer las branquias, a los 30 ya tendré unas lindas aletas, allí voy Rey de lo Profundo, Rey del Abismo...

¡Espérame! ¡Esperam! ¡Esphernam! Ya llego... ahhs espferman estblakhy shglhkdjns lmn1 bkhiu jlgjgh glñuj...uikjññ...”

Este documento fue hallado sobre el escritorio de Juliana Polsday fechado el 12 de abril de 1978, meses antes de su desaparición. No puedo revelar el modo por el cual este llegó a mis manos.

En el mundo existen macabras malformaciones de seres que alguna vez fueron humanos, SERES que es mejor no conocer. Según los psiquiatras Juliana sería solo una persona que sufría de alucinaciones y al verse aislada de sus iguales cometió suicidio siendo esa la causa de su desaparición. Sus padres aun no saben su paradero ni lo sospechan.

Testigos han dicho verla deambular por el puerto pero prácticamente no la reconocen como la linda chica de la foto que les muestro, según la descripción de los testigos se le parece en algo pero sus ojos ahora son saltones y no habla, ese "SER", sea lo que sea, no habla, solo produce sonidos guturales y emana un horrible hedor. La gente más supersticiosa no se acerca al puerto de noche y si fuera usted juzgaría como prudente que hiciera lo mismo que ellos. Hay cosas en el mundo tan terribles que es mejor ni conocer su existencia, hay cosas que no tienen nada que ver con delirios o alucinaciones y que yo mismo, como investigador de este caso particular, no daré a conocer pero si algo me llega a pasar dejare esta carta... Solo espero que quien la encuentre sea prudente y que se olvide de cosas que es mejor no conocer... Y ojalá este testimonio solo sea para usted el delirio de un loco, un loco que necesitaba contar su historia, un loco que si muere quiere que alguien en el mundo sepa la verdad o al menos un fragmento de ella.

El Temor Más Grande

- ¿Qué es a lo que mas le temes Shirley?

... a la oscuridad...

- ¿Qué es a lo que mas le temes Shirley?

... a los fantasmas...

- ¿Qué es a lo que mas le temes Shirley? (Seguía preguntando aquella voz, que parecía venir de lejos. Amortiguada por algodones... de algunas catacumbas... de los recónditos huecos del alma... de lo más profundo)

- ¿Qué es a lo que mas le temes Shirley?

... a los muertos...

-¿Qué es a lo que mas le temes Shirley?

... a las voces que no existen...

Se despertó... estaba en un lugar desconocido, que no recordaba... Un hombre se inclinaba hacia ella, tenía unos anteojos que le quedaban grandes y ahora le sonreía. Era un psiquiatra, tenía mirada y actitud de psiquiatra; había conocido muchos en su vida como para reconocerlos.

- ¿Qué es a lo que mas le temes Shirley?- pregunto el hombre.

-Recuerdo que cuando era niña, tenía una amiga que me encerraba en la habitación de sus padres sola en la oscuridad. Eso era a lo que mas le temía doctor, me encerraba allí completamente a oscuras y yo empezaba a llorar y golpeaba la puerta para que me dejara

salir, hasta que el pánico era tan grande que me acurrucaba al lado de la cama y cerraba los ojos, espantada de las sombras que me querían atrapar y devorar. La oscuridad parecía cerrarse en torno a mí hasta que ya no podía respirar ni moverme.

La oscuridad completa y absoluta me genera una sensación de encierro, de ahogo, como si me hubieran enterrado viva. Por eso nunca pude dormir en la oscuridad, si no dejo una luz prendida no me puedo dormir. Y me acuerdo, perfectamente doctor, recuerdo que cuando mi amiga por fin abría la puerta, cuando yo me cansaba de llorar y gritar ella me hacía un planteo clarísimo. “¿Porque nunca se te ocurre prender la luz Shirley?” Y yo quería gritarle: PORQUE ME PARALIZO, ¿ES QUE NUNCA SENTISTE UN MIEDO TAN GRANDE Y ATROZ QUE SIENTES QUE NO PUEDES MOVERTE? ¿Es que nunca te sentiste muerta en vida...? Eso es el terror doctor, eso es lo que yo sentía en la oscuridad absoluta de esa habitación, un terror tan claro y puro que no me dejaba movilizarme, un pánico tan grande que no me dejaba hallar la solución más sencilla: accionar el interruptor de luz, algo tan sencillo como eso.

Después crecí y descubrí que había otra cosa que me aterrorizaba... las arañas... y la gente se burla de los aracnofóbicos, piensa que uno está jugando, que dice que les tiene miedo a las arañas en broma, pero no. Yo una vez vi a una que era más grande que mi puño y no me pude mover y solo empecé a gritar, gritar, y la veía avanzar hacia mí y esa sensación horrible de no poder moverme. Hasta que vino mi abuelita y me pego para que reaccionara. Pensé que me iba a morir, pensé que me iba a morir, las patas... ¿Usted vio como se mueven las arañas? ¡Que asco! Y al final araña dejó de moverse también, le infundí mi miedo y no camino más, cuando mi abuelita la mato se quedó muy quieta. Estaba como yo, si me hubieran clavado un cuchillo en aquel momento no lo hubiera sentido, hubiera

dejado que me maten... porque el pánico me tenía paralizada y también a ese horrible insecto.

¿A qué le temo? A los miedos más infantiles y legendarios doctor, a la oscuridad y a las arañas. A eso es a lo que mas le temo.

-¿Qué es a lo que mas le temes Lucy?

-No me llamo Lucy, me llamo Shirley y se lo acabo de explicar. No me escucho. Llevo diez minutos explicándoselo doctor, por favor...

-¿Qué es a lo que mas le temes Lucy?

-No me oye... ¡aaaaaahhh! doctor, usted no me escucha. Entre en otro de mis estados de pánico, es que hace una semana que me tiene en la oscuridad absoluta de este cuarto, recién ahora veo la luz. Doctor dígame que no me dejen a oscuras... Claro pero usted no me oye... me quede muda ¿es eso? El miedo me dejo muda.

- ¿A qué le temes Lucy?

-¿¿¿Pero porque me llama Lucy???? Por favoor... LE TEMO A ESO DOCTOR... ¡A eso es lo que mas le temo! A enloquecer para siempre, a no reconocermme, a no reconocerlo a él doctor, a que se de cuenta que estoy loca y no me quiera mas, ni como amiga ni como

amante ni como conocida, que finja no quererme, no conocerme porque estoy *loca*... Le temo a la LOCURA doctor, no me mire así. Usted no me escucha.

-¿A que le temes Lucy?

Él nunca se cansaría de preguntar...

Terror

(Años)

(Siglos de oscuridad)

La cueva guardaba misterios que ella jamás conocería del todo.

El olor a humedad la asfixiaba.

Le dolía el pecho de la patada que Bill le había propinado y ahora estaba oscureciendo

(aunque en la cueva siempre era de noche)

y el frío le calaba las huesos como un cuchillo adentrándose en sus entrañas.

Ya no veía, sus ojos no se acostumbraban a la oscuridad, estaba muy cansada ya de caminar, tanteaba las paredes levemente, entonces un mareo la invadió y se tuvo que arrimar a la pared

(La Putrefacción)

y le pareció que lo que se resbalaba en sus manos, suave y pegajoso era sangre fresca.

(suave, fresca)

Vomitó, no lo pudo evitar y se desmayó. No recuerda nada mas, cuando despertó era de día

y estaba en un bosque, efectivamente en sus manos había sangre, residuos de algo negro

(parecían pedazos de insectos) y Bill estaba muerto a su lado. La había sacado, a pesar de todo había vuelto y la había rescatado.

Del Diario de Jane Weill

2 de Septiembre

Esta mañana amaneció nublado y los peores sentimientos se despertaron en mí. Anteayer murió el abuelo de Bill y este parece estar cada vez peor. El abuelo le dejó unos extraños acertijos copiados en un cuaderno, estudiaba a las brujas y los aquelarres antes de morir. Le dejó los lugares exactos donde estas se reunían encomendándole continuar con la misión por él empezada... Apparently estas mujeres estuvieron implicadas en su asesinato. Creo que Bill está obsesionado, tendría que restarle importancia a las habladurías y las locuras que escribió su abuelo en el Diario. Era una persona que estaba mal de la cabeza, de ninguna manera tendríamos que confiar en él ni en lo que haya escrito.

15 de Septiembre

Hace ya muchos días que no escribía nada, no me he sentido muy bien de ánimo y menos aun al releer lo que puse en la página anterior. ¿Por qué dije “tendríamos”? Bill me está complicando en sus asuntos y yo no quiero saber nada. A decir verdad me sentí aliviada cuando murió ese viejo. Me daba pánico, con sus fríos ojos celestes y esa forma pausada que tenía de hablar. A mí me daba terror de tan solo escucharlo hablar, bueno... ¿hablar dije? Delirar es la palabra correcta. Debo irme, escucho los pasos de Bill en el pasillo, me da miedo últimamente, tanto miedo como me daba aquel viejo, hasta he notado que sus hermosos ojos negros que tanto ame, están tomando un tono mas claro, parecen estarle destiñendo, ya no puedo escribir. Está en la puerta y...

16 de Septiembre

¡Qué horrible! Pensar que solo hace un año que vivimos en esta casa, sin embargo ayer comenzó salir un olor a putrefacción horrible del comedor. Fui a ver y note que las paredes se estaban empezando a descascarar y una enorme mancha de moho la cubre de punta a punta de la mitad hacia abajo. No me imagino que podrá ser, es una casa nueva. Me ha dado mucho asco y lo he mandado a Bill a que limpie la mancha. Se ha quejado y me grito por media hora porque dice que no hago nada en todo el día, ni siquiera preparo la cena y que me paso todo el tiempo escribiendo poemas y “en ese estúpido Diario”, como lo definió él. No creo sentirme con fuerzas para otra cosa que no sea escribir. Anoche mientras dormíamos escuche unos golpes provenientes del comedor, me ha dado un susto terrible pero Bill no escucho nada y cuando se lo comente hoy dijo que estoy loca. Sin embargo la semana pasada ocurrió lo mismo y yo lo vi bajar y se escucharon más golpes, luego me asome a ver que pasaba y lo vi hablando solo en un idioma extraño que nunca en mi vida escuche. “Jghung-Jghung-ka” parecía repetir todo el tiempo, me dio miedo preguntarle, si le pregunto me a decir que siempre fue sonámbulo, que no es nada del otro mundo y que no me preocupe. A decir verdad yo estoy cada vez mas preocupada, sus ojos han tomado ese extraño matiz y su pelo... su pelo se esta encaneciendo. ¿Por qué cada día lo veo mas parecido a ese viejo?

20 de octubre

¡Cuantos días qué han pasado! He estado enferma y no me pude levantar de la cama. Dormía de día y a la noche no podía pegar un ojo, siguen los ruidos abajo y Bill sigue

bajando a hablar con alguien, ahora parece que hablara con más de una persona o lo que sean ellos... no creo que sean personas, no... Hoy cuando baje me encontré con que la mancha del comedor abarca toda la pared y había un extraño dibujo en ella, parece hecho por un niño que no supiera dibujar pero me causa espanto. Lo dibujo como yo lo vi (porque Bill dice no verlo):



Lo peor del dibujo es que cuando yo era niña, tenía una pesadilla recurrente, en la que me encontraba caminado y de repente escuchaba que alguien me llamaba desde una casa, me acercaba allí y sobre la pared, junto a la puerta se me aparecía un enorme círculo rojo, que tenía ojos y una horrible y macabra boca y me hablaba en un extraño idioma que yo, aun no entiendo como, llegaba a comprender y con esos horribles sonidos guturales me decía que él era el *Diablo* mismo. A mi me daba tanto miedo que me despertaba gritando y empapada de sudor, esa pesadilla se repitió hasta que cumplí los 12 años de edad y nunca más la tuve pero el dibujo me la ha recordado indefectiblemente, pues el círculo rojo que hablaba en mi sueño, tenía forma de sol.

23 de octubre

¡Es un hecho ya! William me da miedo, no lo puedo evitar, cada día se parece más a su abuelo, tanto física como mentalmente. Esa perdiendo la cordura y deambula por la casa hablando de brujas y soles. El dibujo del *sol-demonio* en la pared cada día se ve más claro. Bill dice que todo tiene que ver conmigo, que soy una bruja y que eso es lo que esta infectando la casa. El olor es insoportable, hemos cerrado a puerta del comedor y ya no entramos allí. Bill habla del Diario de su abuelo, no me deja verlo pero a veces cuando murmura frases que aprendió de memoria alcanzo a escuchar buscando algo que me ayude comprender su locura. Nos hemos aislado del pueblo, él ya no va más, y yo solo he ido una vez este mes a comprar conservas. Bill no sale en todo el día de la casa pero ayer lo llamo un amigo y le dijo que vaya a ayudarlo porque uno de sus potrillos se encontraba herido. Yo me encerré en nuestra habitación ni bien se marchó buscando el Diario que escondió debajo de las tablas sueltas de la cocina. Llegue a leer muy poco del Diario de su maldito abuelo porque a la hora regresó y yo estaba muy nerviosa y tuve que releer el primer párrafo como diez veces antes de entenderlo. Aquí transcribo algo de lo que leí.

Del Diario de A. W.

Hoy hice un descubrimiento espantoso, aterrador... Las brujas que se reúnen de noche en el bosque cercano al pueblo le rinden culto a... es horrible decirlo, ojala nunca me hubiera enterado pero parecen rendirle culto a un extraño ser llamado el sol-demonio, a quien ellas invocan con gritos y lamentos de tal índole que han paralizado mi corazón. Hacen un extraño dibujo sobre el suelo que representa una cueva y dentro de la misma un sol.

Según lo que he llegado a comprender su sol-demonio esta encerrado en esa cueva y ellas intentan liberarlo.

Parecen locuras pero creo que hay algo de cierto en todo esto, he hallado la cueva donde parece habitar el demonio, no note nada raro en ella hasta que vi los restos de otros seres humanos, al parecer estas horribles mujeres han estado matando gente y la descuartizaron y arrojaron allí adentro. El demonio parece ser la representación de un ser extraterrestre que a mi simple modo de ver, a poseído a estas pobres mujeres y las obliga a hacer estos rituales para su beneficio. Aun no entiendo para que quiere los cuerpos, si solo para devorarlos o quizás haya algún plan aun mas macabro en todo esto, de lo que estoy seguro es que...

No he leído más del Diario. Justo en ese momento pude ver a Bill por la ventana caminando hacia la casa y me apresure a esconder el diario bajo mi almohada, esperando que cuando se fuera a duchar, ya que venia lleno de sangre porque habían tenido que sacrificar al potrillo, esconderlo de vuelta bajo las tablas. Pero entro hecho una furia y en vez de dirigirse hacia el baño me abrazo y comenzó a besarme, mientras repetía frases incoherentes, el horrible hedor de la sangre me daba nauseas y cuando le grite se enojo mucho y descubrió el Diario de su abuelo, pensé que se iba a enfurecer pero sin embargo empezó a hablar en un tono quedo y muy tranquilo, el mismo que usaba su maldito abuelo y me dijo: “Esta bien querida Jane, si quieres saber mis secretos... esta bien... Ahora que serás mi esposa, eso es lo correcto”

No entendí a que se refería, yo estaba casada con él hacia más de 3 años. Se fue a bañar, entonces tome el diario nuevamente y hojeé las últimas páginas y me espante con lo que leía. Las páginas no databan de más de dos días atrás y en ellas Bill había escrito como si

fuera su abuelo. Me horrorice al leer un fragmento donde decía que a la noche se comunicaba con gente de otro planeta, enviados por “*el dios mas allá de las estrellas*”

No pude evitarlo: empecé a gritar, de pronto las voces a la una de la madrugada, la mancha del sol, todo comenzó a tener sentido para mí... Grité y grité. Bill me contuvo y vino a preguntarme que me pasaba, ahora no me hablaba como su abuelo, había recuperado su personalidad, hasta sus ojos parecían haber adquirido su color original.

31 de octubre

El medico vino a casa porque al parecer tuve un horrible ataque de histeria. He estado medicada y Bill dice que me he pasado los días delirando. Dice que a veces lo insulto y lo llamo por el nombre de su abuelo. También dice que le hable de un extraño dibujo y una mancha en el comedor, aparte de un horrible hedor pero él no vio nada. Todo está en perfecto orden, me dice, y no hay ningún hedor ni nada pudriéndose abajo.

Le hable del Diario pero él dice no tener ningún Diario de su abuelo, yo creo que miente.

Ya no se que es verdad y que es mentira. Quizás el me diga la verdad pero su abuelo

(que sabe todo)

está mintiendo.

Hoy le pedí que me llevara al bosque para descubrir el misterio de la cueva. Llevare un cuchillo por las dudas, no confío en él. Si en mi esposo, pero *no confío en el abuelo...*

A partir de este día no hay otra entrada en el Diario de Jane.

Según la policía al parecer, Bill decidió llevarla ese día al bosque ante la insistencia de ella, quien lo llevo a una cueva cercana a su domicilio que se adentraba en el bosque. En esa cueva la policía hallo que algunos criminales de la zona parecían haber torturado gente pues había brazos, piernas y hasta dedos humanos pero ningún cuerpo entero o que se pudiera identificar como el de una persona muerta o desaparecida.

Bill Weill falleció al salir de la cueva, su esposa llevaba un cuchillo en la mano pero las causas de muerte de Bill son naturales; extraño que una persona de 26 años haya muerto de una enfermedad que no lo aquejaba, y es más, de lo mismo que murió su abuelo, paro cardiaco. Jane perdió la conciencia cuando la policía llegó al lugar de los hechos, esta en coma y no se la ha podido hacer volver de su estado. Dicen que una vez por semana abre los ojos y a la una de la mañana grita *“¡Ya llegan, ellos ya están llegando...!”*

Algunos comentan que se refiere a los criminales, otros mas fantasiosos, se refieren a seres de la noche, tales como magos, brujas y algunos otros locos que solían juntarse en el bosque y que parecen haber inquietado a Jane hasta el punto de hacerla enloquecer.

La nueva pareja que vive en la ex casa de los Weill por su parte no sabe mucho sobre la desgracia de sus anteriores dueños. Pero Clara halló bajo unas maderas flojas de la cocina el diario de una tal Jane Weill, y si la escuchara a Jane, ella *sí* sabría quienes son *“ellos”*.

Son seres que no son de este mundo.

A la noche los escucha, claro que sí, y un extraño dibujo apareció anteanoche en la pared.

Sólo el Viento

La chica llegó hasta la plaza donde sus amigos la esperaban. Miro nerviosa alrededor, tenía una extraña sensación de inquietud desde que había salido de su casa. De pronto sintió que las hojas de los árboles se movían, arrasadas por una fuerte ventisca y pudo distinguir a lo lejos a sus amigos e incluso desde aquella distancia le pareció escuchar que reían, hasta le llegó una lejana carcajada. Eran risas frías y burlonas, como flechas victoriosas atravesando la noche. Sin embargo cuando estuvo más cerca noto con total claridad que ninguno de ellos reía. Al contrario, se hallaban serios y pensativos. Ella se acercó sonriente aunque noto que algo extraño sucedía.

“¡Hola!” Exclamo esperando respuesta pero sus amigos se limitaron a mirarla con seria expresión, sin hacer ni el mas mínimo movimiento. Ella se puso nerviosa.

“Cuando venia caminando me pareció oír que uno de ustedes reía”

“Debió ser solo el viento”. Dijo uno de ellos inesperadamente y la chica se alarmó.

“¿Con qué solo el viento? Debo marcharme ya.” Comento indiferente, esperando la reacción de alguno de sus amigos en negativa a su partida pero nadie habló.

Saludo con un gesto y se alejó extrañada. Pensó que quizás solo estaban demasiado borrachos y siguió su camino. Aunque el comportamiento de ellos la dejaba inquieta; jamás se habían portado así ni mucho menos.

A la mañana siguiente despertó olvidando la extraña situación de la noche anterior pero cuando llegó a la escuela todo volvió a ser igual. Sus amigos parecían no responder a ningún estímulo.

Cuando estaban en la hora de Historia se levanto un fuerte viento del sur, que traía el frío característico de esos meses invernales. La chica oyó un llanto y miro a la profesora preocupada. Estaba segura que la mujer había emitido el sonido. Justo en ese momento la profesora paso a su lado tapándose el rostro con las manos. La chica la detuvo.

“¿Qué le sucede? ¿Se siente usted bien?” La profesora la miro sin entender.

“Nada” Contesto con una extraña voz, como gangosa. A la chica le pareció oír algo reptar en el aula, como una enorme rata o un espeluznante y extraño animal... o monstruo...

“Es solo--- que me pareció escuchar algo”

La profesora se alejo de la muchacha murmurando.

“Seguramente es solo el viento”

Ya en su casa, ella dejo el libro que había estado leyendo hasta ese momento y se fue a acostar. Durmió hasta bien entrada la noche cuando un extraño viento la despertó, se quedo como paralizada un momento y luego lanzo un fuerte grito al sentir la cosa en la habitación. Pronto su madre alterada abrió la puerta.

“¿Qué sucede cariño?” Me pareció oír un grito...”

Ella negó con la cabeza.

“No lo creo, debió ser el viento. Solo el viento”

Su madre cerró la puerta dejando que su hija durmiera un poco más y se alejo tranquila, sin saber que aquella cosa no era mas su hija. Algo la había poseído y no era justamente de este planeta. Algo que reptaba y poseía a la gente o era solo el viento...

